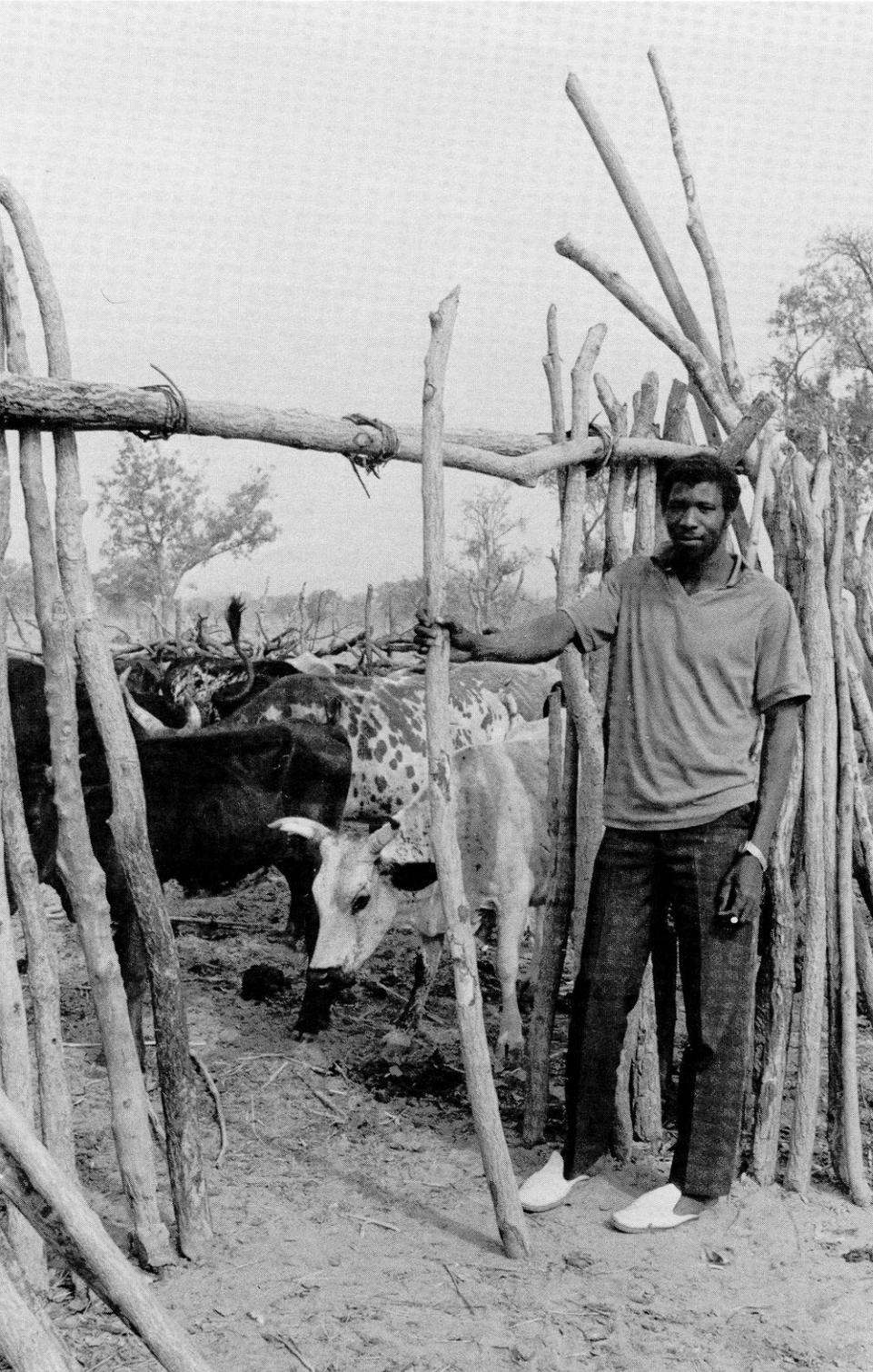


INVESTIGACION DE LA INNOVACION EN MALI

Fotos: Denis Marchand



Makam Diara frente a su establo.

DENIS MARCHAND

“**E**s difícil de imaginar, pero hace dos años yo dejé mi ganado en el bosque durante toda la estación seca con un pastor que lo cuidaba”, dice Makam Diara, el primer agricultor de la aldea de Sakoro en Mali, en poner su ganado en establos. Las reses se fueron en busca de alimento y agua, y luego regresaron cuando llegaron las lluvias. Pero algunas veces llegaron demasiado débiles o demasiado tarde para hacer el trabajo agrícola a tiempo.

“Ahora los guardo en mi tierra. Ellos están en un establo durante la noche y parte del día. Yo los alimento con lo que queda de la cosecha. Ellos están sanos, bien cuidados y listos para trabajar cuando la lluvia llegue. Además, producen el abono que mis campos necesitan”.

Cada día, Diara saca sus 40 animales de leche y de carga del establo y lo limpia. El guarda el estiércol y las sobras de comida, y más tarde las esparce en los barbechos o en los sembrados.

Cuando está afuera, el ganado se alimenta con rastrojo de maíz y sorgo. Bebe en el arroyo y pasta cerca, bajo el ojo atento del hijo de 10 años de Diara.

Como la mayoría de sus contrapartes en el sur de Mali, Diara era un agricultor de subsistencia que practicaba el cultivo rotatorio. Después de limpiar un terreno, quemaba la vegetación sobrante y sembraba sorgo y caupí hasta agotarlo. Cuando las cosechas eran ya muy pequeñas para alimentar a su familia, abandonaba el terreno y se iba a otro.

Hoy día usa abono orgánico y mejor manejo del suelo para sembrar no sólo maíz y mijo de uso propio, sino algodón que vende a la Compañía de Desarrollo Textil de Mali. Anticipando buenas cosechas los próximos años, construyó un granero para proteger sus cultivos de la lluvia, la humedad y los roedores.

Como Diara, otros agricultores de Sakoro y alrededores han cambiado sus métodos de siembra y de cría de ganado. Ellos usan cada vez menos la quema y la tala, trabajan sus campos con arado y fertilizan para mejorar las cosechas. Los pequeños agricultores siembran ahora mijo, sorgo, maíz, maní y algodón en tierras que ya habían agotado. En menos de dos años, la producción de Sakoro ha pasado de media tonelada a 2 1/2 toneladas por hectárea.

Este cambio en los hábitos y actitudes agrícolas es el resultado de esfuerzos sostenidos iniciados a comienzos de 1980 por el Instituto de Economía Rural del Ministerio de Agricultura de Mali. El propósito del programa de desarrollo agrícola que creó fue estimular el crecimiento de maíz y el uso del estiércol y compost en el área de Bigouni-Sikasso que sufre de frecuentes sequías y de una alarmante escasez de alimento.

Moulaye Sangaré, un funcionario pecuario de la división de investigación en sistemas de producción rural, describe el proyecto: "Nosotros no tratábamos de poner en práctica nada revolucionario. Nuestra meta principal era crear un intercambio de información entre dos grupos de personas — los agricultores, que tienen experiencia práctica y conocimiento, y los investigadores, cuyo punto fuerte es la teoría científica. Por ello, los miembros de este proyecto de investigación en sistemas agrícolas, el primero de este tipo financiado por el CIID en África, comenzaron escuchando a los agricultores en vez de decirles qué hacer. Establecieron un diálogo con los agricultores desde el principio y los hicieron socios igualitarios".

Para Sangaré, cualquier estrategia de desarrollo que no tenga en cuenta el medio ambiente y las metas de los agricultores está destinada a fracasar.

Así, en Sakoro y otras tres aldeas similares, los agricultores se han convertido en parte del proceso, desde la planificación del programa hasta la evaluación. Los miembros del equipo de investigación — un agrónomo, un economista, un sociólogo y un funcionario de ganadería — se reúnen con los agricultores regularmente (bajo el único árbol del área), y toman notas de sus impresiones y comentarios, así como de sus sugerencias en cuanto a la causa de los bajos rendimientos.

El equipo también trabaja con ellos tanto en la identificación de sus necesidades y aspiraciones como de las dificultades sociales, económicas y culturales que enfrentan.

De acuerdo con Sangaré, este enfoque multidisciplinario ha demostrado que la población rural no es nada homogénea. Las grandes aldeas sobre la carretera no tienen los mismos problemas que las pequeñas aldeas aisladas del interior. Y los agricultores pudientes no tienen las mismas preocupaciones que los pobres.

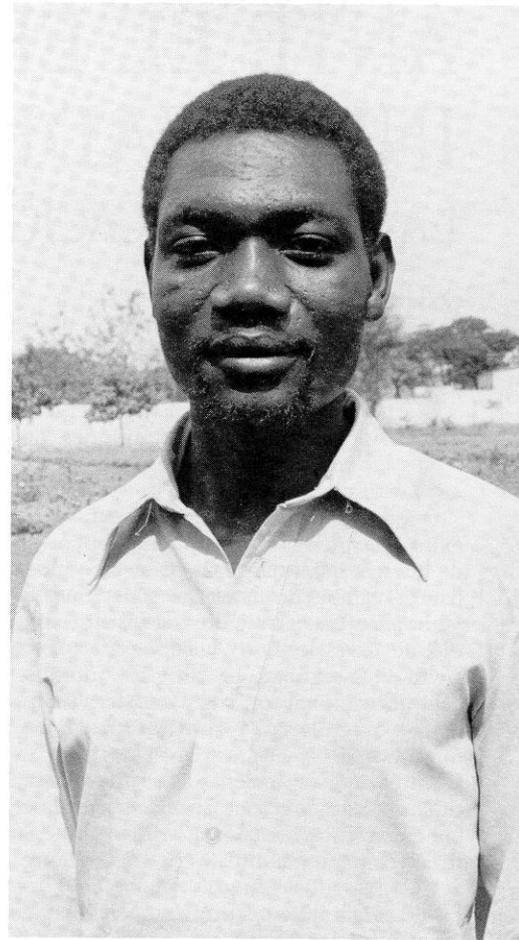
El economista del proyecto, Hamadis Docoure, señala la importancia de la economía en la adopción tecnológica: "Es importante saber si las técnicas propuestas son factibles y se adaptan a las limitaciones financieras de la región. Los costos de transporte, por ejemplo, pueden paralizar un proyecto. ¿Por qué un agricultor va a sembrar hortalizas si no puede llevarlas al mercado debido a las malas vías? ¿Por qué va a pensar en ganado lechero si no tiene recursos financieros para comprar y alimentar ganado, sin mencionar su atención?"

Doucoure señala que la innovación generalmente implica riesgos financieros. Se debe reconocer que en una situación de dificultad permanente, la inversión del agricultor se basa en los recursos disponibles en un momento dado, no en un beneficio hipotético. Su meta es no maximizar el resultado sino asegurar el sustento de la familia, independientemente de las condiciones de producción.

Cuando el equipo de investigación llegó a Sakoro, incluso los agricultores que tenían arados no los usaban. La razón, explica el agrónomo Mamadou Abdul Kadai, era que nadie les había mostrado cómo hacerlo. "Sin consejo técnico o capacitación, los agricultores tardaban demasiado en arar los campos y perdían las primeras lluvias, tan importantes para los cultivos. O araban muy profundo y las semillas se descomponían con el resultado de que se perdían las cosechas. Así que los arados, donados por organizaciones internacionales, sencillamente eran dejados de lado. Nadie quería arriesgarse a perder una cosecha por ensayar una nueva tecnología".

El progreso puede parecer lento para algunos expertos, pero se está dando y a un ritmo que le sirve a los agricultores que, después de todo, son quienes corren los riesgos. Las nuevas técnicas que se ensayan en Sakoro, Gladié, Flaboula y Monzondougou son el tema de conversación de la región. La gente de las aldeas cercanas observa los cambios y trata de averiguar más sobre los nuevos métodos. Algunos están obteniendo resultados bien interesantes como para demostrar que los agricultores no son siempre resistentes al cambio.

Para Kadai, el agrónomo, las nuevas tecnologías son rechazadas porque no toman en cuenta el ambiente físico y económico del caso, y porque no comprenden la dinámica social de las poblaciones objeti-



Moulaye Sangaré, agrónomo y zootecnista: "Escuchar a los agricultores es esencial".

vo. "Estos aldeanos viven en un medio distinto. Ellos tienen sus propios métodos para sembrar cultivos y criar animales. Su propia lógica y su forma de vida se basa en experiencia personal y tradiciones orales que pasan de generación en generación. Es importante saber cómo funcionan esas culturas y las profundas razones que hay detrás de cada actitud". Aunque no es raro que un nuevo método sea rechazado por los agricultores, tampoco es raro que el equipo de investigación modifique su enfoque con el fin de recolectar la información que necesita para su trabajo — información que no puede encontrar en la estación de investigación. El conocimiento y prueba de los resultados obtenidos en la finca hacen posible identificar nuevas necesidades o renovar los planes originales.

"La investigación en sistemas agrícolas es una especie de puente entre la investigación básica y el desarrollo", dice Sangaré, para quien el enfoque de sistemas es vital si se aspira a un proceso de decisión sólido y fundamentado. "Este constituye un insumo para la realización de investigación básica y un estímulo al desarrollo. Además, el enfoque multidisciplinario elimina los prejuicios de algunos expertos locales y extranjeros que piensan que las cosas están tan mal que cualquier cosa que hagan va a mejorar la situación". ■

Denis Marchand es un fotógrafo y periodista independiente con base en Montreal, Canadá.